

¡Eso no se toca!

Infancia y cultura material en arqueología

Don't touch that!

Childhood and material culture in Archaeology

Margarita SÁNCHEZ ROMERO

Departamento de Prehistoria y arqueología. Facultad de Filosofía y Letras.
Campus de Cartuja s/n. Universidad de Granada. 18071 Granada.
marsanch@ugr.es

En su informe sobre el Estado Mundial de la infancia de 2006, UNICEF alertaba sobre la invisibilidad y la exclusión que sufren en la actualidad muchos niños y niñas en el mundo y de los problemas a los que se enfrentan debido a esa invisibilidad. La arqueología como disciplina científica con marcado carácter social ha empezado a tener en cuenta esta realidad y en los últimos años la investigación acerca de los individuos infantiles de las sociedades del pasado ha experimentado un fuerte impulso dentro y fuera de nuestras fronteras. Esta perspectiva considera a los niños y niñas como objetos de estudio en sí mismos, y analiza las relaciones que mantienen dentro del grupo social, ya que debemos entender que los individuos infantiles son agentes activos de la reproducción no sólo biológica sino también social de los grupos humanos. De manera que procesos como el aprendizaje y la socialización, las prácticas de cuidados o su intervención en la producción deben ser considerados de manera mucho más relevante de lo que ha sido hasta ahora.

La metodología arqueológica y los estudios de cultura material, usados para el análisis de las sociedades prehistóricas, están empezando a ser instrumentos cada vez más importantes también en el análisis de las sociedades del pasado más reciente.

Niños y niñas casi nunca aparecen en las fuentes literarias o históricas más allá de referencias en textos mucho más amplios, por lo que la cultura material, es decir, los objetos con los que interactúan durante sus vidas, son elementos importantes a considerar desde cualquier periodo histórico.

Niñas y niños están presentes en prácticamente cualquier espacio de cualquier comunidad actual o pasada. A pesar de ello, es muy difícil encontrarlos en las interpretaciones que se realizan sobre las sociedades del pasado. En las pocas ocasiones que se mencionan, se consideran como miembros pasivos de estas sociedades, y son percibidos sólo en relación a los adultos y las actividades de los adultos. Para la arqueología, la infancia no ha sido considerada como relevante a la hora de contrastar hipótesis acerca de estrategias de subsistencia, cambio cultural u organización social. Sin embargo, consideramos que la infancia es un fenómeno social y cultural y, por tanto, es imprescindible entender sus especificidades en el marco de contextos socioculturales que varían significativamente. Es el período en el que se adquieren habilidades y conocimientos y se aprende el uso de la tecnología, se asumen sistemas de creencias, se forma la personalidad y se inculcan valores y actitudes hacia el mundo que nos rodea. Aproximarnos a

cómo estos niños y niñas han pasado por los procesos de crecimiento biológico y social, conocer con qué objetos y espacios se relacionaban o analizar los mecanismos de socialización y aprendizaje utilizados por las distintas sociedades, supone un acercamiento no sólo a la infancia, sino a las comunidades en general.

Este monográfico representa un paso adelante en una perspectiva cada vez más habitual en la literatura arqueológica en general y en la del estado español en particular, referida a la arqueología de la infancia. Desde que Grete Lillehammer comenzara a reflexionar sobre esta temática en la década de los 70, el mundo de la infancia en las sociedades del pasado ha ido incrementando su presencia en la literatura arqueológica, hasta llegar a contar hoy día con numerosas monografías dedicadas a este tema (Sofaer 2000; Kamp 2002; Wileman 2005; Baxter 2005a, 2005b; Gusi *et al.* 2008). Esta preocupación por la infancia queda patente además en la proliferación de congresos como los celebrados en la Humboldt-Universität de Berlin (2004); en la Universidad de Kent (2005), en el Bergen Museum (2006), en la Universidad de Oxford (2007); en el Museo de arqueología de Stavanger (2008) o el último, hasta la fecha, celebrado en la Universidad de Miami en 2009.

Estos tres últimos congresos han sido organizados en el marco de la *Society for the Study of Childhood in the Past*, una sociedad internacional y multidisciplinar que promueve el estudio de la infancia en el pasado. Esta sociedad intenta convertirse en un foro multidisciplinario para la discusión, la divulgación y la integración de ideas, informaciones y descubrimientos sobre los niños y niñas en el pasado en todo el mundo y en cualquier periodo histórico. Los miembros de la sociedad provienen de disciplinas académicas muy distintas como la arqueología, la antropología, la historia, la biología, la literatura, la filosofía, la sociología o la medicina. Además, vinculado a esta sociedad apareció *The Journal of Childhood in the Past* cuyo tercer número ya está en preparación.

La investigación se ha desarrollado en diferentes campos que han puesto el acento en distintas cuestiones, como por ejemplo el papel socioeconómico que los niños y niñas juegan en muchas sociedades o el entrenamiento específico que necesitan para prepararse para el mundo adulto ya sea a través del aprendizaje, en un plano productivo (Kamp 2001) o de la socialización, en el plano ide-

ológico (Sánchez Romero 2008). Mediante este examen se reivindica la necesidad de observar cómo los individuos infantiles juegan un papel fundamental en la organización económica y social de todas las poblaciones. A través de mecanismos tales como el aprendizaje y la socialización o del desarrollo de las prácticas de cuidado, los individuos infantiles van paulatinamente integrándose y reproduciendo las estructuras sociales de sus mayores.

En este volumen vamos a encontrar distintas aportaciones sobre la infancia con dos tradiciones disciplinares diferentes que influyen en las formas en las que se entiende la arqueología de la infancia; por un lado, la perspectiva europea mucho más vinculada a la historia, y por otro la arqueología norteamericana más ligada a la antropología. En ambos casos el elemento de unión es la cultura material asociada a los individuos infantiles y, obviamente, comparten el uso de la metodología arqueológica como estrategia básica para la recuperación de datos y su interpretación.

Son tres los campos principales en los que se ha desarrollado la arqueología de la infancia: cómo los niños y niñas experimentan su mundo, cómo son las relaciones que mantienen los dos mundos, el adulto y el infantil y cómo los adultos entienden el mundo de los niños (Lillehammer). Los artículos de este volumen se centran en el segundo y tercero de los campos, a saber, las relaciones que mantienen el mundo adulto y el mundo infantil, y cómo se conceptualiza el mundo infantil desde el adulto. Estas percepciones por parte de los adultos y las relaciones que llevan aparejadas quedan puestas de manifiesto en el uso de prácticas rituales (Gibaja *et al.*; Nájeta *et al.*; Murphy y Donnelly; De Miguel) y de representaciones (Seco; Baxter), en mecanismos como el juego como forma de socialización (Kamp; Park); en las prácticas de cuidados (Wilkie); o en cómo analizamos y comunicamos nuestros conocimientos acerca de los niños y niñas en distintas sociedades (Brookshaw), siempre utilizando la cultura material como elemento vertebrador.

Es precisamente el distinto tipo de acercamiento a la cultura material el eje central en torno al que hemos ordenado los artículos. Comenzamos con el texto de Grete Lillehammer, investigadora referente para cualquiera que se interese por esta temática, que nos propone un recorrido por distintos aspectos de la arqueología de la infancia desde la

historiografía, con especial atención a la arqueología escandinava, en la que se genera por primera vez el interés por estos temas; el análisis de sus orígenes ligados a la crítica feminista; las características teóricas, con el énfasis en el debate procesualista y posprocesualista, y las aportaciones desde la fenomenología; la metodología y la importancia de la interdisciplinariedad, todo ello plagado de reflexiones y aportaciones personales que provienen de toda una vida investigadora dedicada al estudio de la infancia. Sin duda, un texto de referencia para los próximos años.

A continuación, se desarrolla un primer bloque que tiene la cultura material de las poblaciones prehistóricas y la metodología arqueológica como base del análisis. Esta cultura material es observada y comprendida bien con un fuerte componente bioarqueológico (Gibaja *et al.*; Nájera *et al.*; De Miguel), bien con importantes aportes desde la etnografía (Kamp; Park). Mientras que los artículos que se refieren al Neolítico en Cataluña (Gibaja *et al.*), la Edad del Bronce en La Mancha (Nájera *et al.*) o el registro osteológico en una amplia horquilla temporal (De Miguel) basan sus estudios en el registro funerario, los artículos centrados en las poblaciones norteamericanas utilizan otro tipo de contextos de actividad y habitación (Kamp; Park). Todos los textos intentan entender cuáles son las principales formas de relación entre adultos e infantiles, centrándose en las prácticas de alimentación y cuidado, sobre todo en aquellos que tienen un fuerte componente bioarqueológico, y en los distintos tipos de mecanismos de aprendizaje y socialización.

Resulta enormemente interesante conocer las prácticas de cuidado, relacionadas con la salud y la alimentación, utilizadas para la crianza de los niños en estas poblaciones. Hemos de ser conscientes de que los restos osteológicos que encontramos son consecuencia del hecho de la muerte de niños y niñas, y que sus cuerpos nos enseñan un estadio determinado en el desarrollo de esas personas, lo que Joyce (2000) denomina “niños y niñas interrumpidos”. Son individuos que no llegaron a completar su ciclo vital y, por tanto, así deben ser tenidos en cuenta. A pesar de todo, la información que podemos extraer de los mismos, y que nos sirve para reflexionar e interpretar a la sociedad en su conjunto, es muy variada. Por un lado encontramos elementos relacionados con la salud y la enfermedad, como las causas probables de la

muerte (embarazos y partos o anemias), y por otro, en las prácticas de alimentación, las consecuencias del proceso de destete o las diferencias entre sexos en el consumo (Gibaja *et al.*; Nájera *et al.*; De Miguel).

Por otra parte, se analizan los juegos como mediadores entre el mundo de los individuos infantiles y el de los adultos. Los niños y niñas imitan el mundo de los adultos reproduciendo roles biológicos y sociales que reflejan los que los adultos tienen en la sociedad. Los juguetes y los juegos son el medio que utilizan los adultos para definir y reforzar las enseñanzas de los comportamientos propios de la edad, del género o de la clase social, y como mecanismos para delegar determinados trabajos, responsabilidades y actitudes, en definitiva para transmitir mensajes culturales. En este volumen se muestran diferentes ejemplos de cultura material que pudieron estar de una forma u otra relacionada con el juego y el aprendizaje. Desde las poblaciones de la Edad del Bronce de la Península Ibérica (Nájera *et al.*) a las comunidades Sinagua prehispánicas (Kamp), pasando por las poblaciones prehistóricas árticas (Park). Kathryn Kamp, además, nos ofrece una interesante reflexión sobre el trabajo, el aprendizaje y el juego y cómo se relacionan en las distintas sociedades con sugerentes aportaciones desde el estudio de las sociedades etnográficas.

Estos procesos de aprendizaje pueden estar más o menos dirigidos desde el mundo adulto dependiendo de condicionantes ideológicos, económicos y sociales o de las propias características de las actividades a desarrollar (Kamp; Park). Fruto de estos procesos de aprendizaje y socialización encontramos diversas formas de cultura material, objetos en miniatura que han podido ser utilizados por los niños de varias formas, ya sea como juguetes propiamente dichos, como útiles de pequeño tamaño, completamente funcionales y adecuados para la realización de actividades por parte de los niños, o como objetos realizados en el proceso de aprendizaje de alguna tecnología (Nájera *et al.*; Kamp; Park). También dentro del análisis de la cultura material debemos destacar la importancia de determinados elementos relacionados con el adorno. La comprensión del significado de estos objetos ornamentales es básica para discernir mecanismos relacionados con la construcción de la identidad a través del uso del cuerpo y de cómo este se adorna y transforma (Gibaja *et al.*; Nájera *et al.*).

Todos estos elementos aparecen tanto en el registro funerario (Gibaja *et al.*; Nájera *et al.*), como en otro tipo de contextos de actividad y habitación (Kamp; Park).

El segundo bloque analiza la cultura material de la infancia con el apoyo de narrativas, ya sean textuales o visuales. Historia y arqueología, en cuanto disciplinas científicas, deben mantener estrechos lazos de relación para su beneficio mutuo, pues la tradicional separación entre ambas disciplinas o el mínimo uso que los análisis históricos hacen de los estudios sobre cultura material no tienen sentido. Así queda demostrado en los artículos de este apartado en los que se analizan las experiencias de los niños y niñas a través, por un lado, del análisis del registro arqueológico funerario, apoyado en la información proporcionada por las narraciones que encontramos en las representaciones en tumbas (Seco) o de los testimonios orales históricos (Murphy y Donnelly) y por otro de los usos del espacio simbólico y cotidiano, con el estudio tanto de las imágenes en sí mismas, como de los lugares en los que se sitúan esas representaciones (Seco; Baxter). En general, la ausencia de documentación histórica de estos grupos de edad, como también ha sucedido históricamente con las actividades y experiencias de las mujeres, ha hecho que se busquen otras alternativas para el estudio de estos segmentos de la población, y la cultura material es fundamental para este empeño. El estudio mediante metodología arqueológica de la vida en el pasado, ya sea durante la Prehistoria o a mediados del siglo XX, es una estrategia fundamental para analizar procesos de formación de la identidad y cambios en las distintas comunidades a lo largo del tiempo.

El recurso a las representaciones gráficas es una de las formas más exitosas de transmitir el conocimiento y de fijar estructuras sociales determinadas. También los niños y niñas participan de estos mecanismos, ya sea como personajes representados (Seco) o como participantes en su creación (Baxter); pero estas representaciones no sólo sirven en un contexto pedagógico por el que las sociedades se explican así mismas, sino que también deben entenderse como formas alternativas de crear identidades compartidas o de rebelarse ante lo impuesto. Tanto los procesos de producción estudiados en el primer bloque de este volumen como la participación en la creación de los grafitos de las Bahamas (Baxter) son sin duda distintas fór-

mulas por las que los niños y niñas se socializan en un sentimiento de identidad comunal.

Comprender y analizar la evidencia de periodos históricos plagados de textos abre las posibilidades a diversas rutas de evidencias disponibles para la arqueología y el estudio de la infancia. Estudiar a los niños no requiere centrar nuestra atención sólo en los juguetes u objetos específicamente diseñados para ellos, sino más bien al contrario; para mirar a la infancia debemos considerar las transformaciones y las estrategias que las sociedades elaboran para cuidar, criar y socializar a los niños y niñas. Esto supone que no podemos limitarnos a crear listas de artefactos que nos muestren la presencia de niños, sino que debemos pensar sobre el registro arqueológico como un todo con múltiples relaciones materiales. Si en apartados anteriores hemos hablado de las relaciones entre los adultos y los niños en base a la socialización y el aprendizaje, también lo vamos a hacer sobre las prácticas de cuidados, ya que a través del registro arqueológico podemos aproximarnos al cuidado y la crianza de los niños y niñas que es capaz de transformar e influir en cualquier aspecto social, ritual o económico de la vida doméstica. Si en la primera parte del volumen hemos visto las huellas de las prácticas de cuidados y alimentación sobre los cuerpos de los niños y niñas de la Prehistoria Reciente, en este caso vamos conoceremos el reflejo de esas prácticas a través de los medios materiales utilizados para el cuidado y de las implicaciones ideológicas y sociales que suponen (Wilkie).

Para cerrar el volumen hemos elegido un texto relacionado con la cultura material de los niños vista de manera singular, la que encontramos depositada en los museos (Brookshaw). A partir de este reconocimiento se trabaja desde dos perspectivas, la de la necesidad de volver a revisar la gran cantidad de objetos almacenados relacionados con la infancia y despreciados hasta el momento por no considerarlos significativos históricamente y la posibilidad de los museos de actuar no sólo como repositorio de materiales para ser estudiados a través de sus colecciones, sino como lugares de interpretación y exhibición de esos materiales, actuando como medios de educación e información sobre los niños y niñas del pasado.

Como elemento común a todos los textos, veremos cómo se ponen de manifiesto elementos relacionados con las dificultades conceptuales y metodológicas del estudio de la infancia en arqueología.

En primer lugar, la propia definición de infancia y las categorías de edad como construcciones culturales; el concepto de niño y de infancia tiene múltiples dimensiones que son analizadas desde diversas perspectivas en el volumen y que están en la base de su escasa visibilidad en las interpretaciones del pasado que hacemos desde el presente (Lillehammer; De Miguel; Baxter; Brookshaw). Éste es un debate interesante que deberá ser explorado con mayor profundidad en los próximos años ya que, aunque podamos hacer generalizaciones y seamos conscientes de que la biología marca determinadas pautas, lo cierto es que en cada sociedad las categorías de edad debe ser analizadas y no sólo asumidas.

Otra de las dificultades a la hora de concretar nuestro objeto de estudio es que, como hemos mencionado con anterioridad, la cultura material asociada con la infancia ha pasado desapercibida en la mayor parte de las investigaciones, bien porque por las propias características de los materiales éstos no han perdurado, bien por problemas metodológicos o de recogida de materiales en la excavación, bien porque los restos se han interpretado de manera errónea, o bien porque directamente se han descartado como elementos de explicación social. En ocasiones las materias primas con las que se fabrican ciertos útiles usados por los niños no permiten su conservación (Park) pero también los propios restos óseos de los niños tienen sus problemas para conservarse bien por la propia fragilidad de los huesos, el medio en el que estén enterrados o el ritual elegido para el enterramiento (por

ejemplo, la cremación) (Gibaja *et al.*; Nájera *et al.*; De Miguel). Estos restos óseos infantiles plantean también problemas metodológicos, como por ejemplo la dificultad de conocer el sexo de los individuos infantiles, que se nos plantea como un reto en el que el debate está abierto con posturas diferentes como observamos en este volumen (Nájera *et al.*; De Miguel)

La cultura material que hemos observado arqueológicamente queda patente en los enterramientos y sus ajuares, los juguetes, la organización espacial de objetos y áreas de actividad, las representaciones en el arte, los artefactos y monumentos, los objetos producidos por los propios niños y sus restos óseos. El reto, como señala Baxter en este volumen, es articular miradas alternativas que contemplen de otra forma el registro y que finalmente suponen reinterpretaciones significativas de categorías que supuestamente ya eran bien conocidas, aportando nuevas e insospechadas informaciones sobre ellas.

No quisiera terminar sin agradecer a las autoras y autores de los textos incluidos en este volumen su generosidad, complicidad y esfuerzo en este proyecto común. Muchas personas han colaborado de una u otra manera para que la obra vea la luz, y entre ellas destaco a Rosemary Joyce, Nena Galanidou, Jo Sofaer y Mike Lally, que han intervenido en distintas etapas del proyecto; asimismo agradecemos a Víctor M. Fernández Martínez, director de la publicación *Complutum*, por su apoyo, paciencia y ayuda en todo el proceso de edición del volumen.